

GUATEMALA, UNA SOCIEDAD LUMPENPROLETARIZADA

Agustín Haroldo Locón Solórzano

Se insiste en las estadísticas publicadas por instituciones estatales, de igual forma por organismos internacionales, que Guatemala como país sufre un 80% de pobreza en la que el 20% corresponde a una masa que vive en extrema pobreza¹. Estos datos deberían ser razón suficiente para promover una transformación revolucionaria de las estructuras socioeconómicas que han llevado a tal situación a la mayoría de guatemaltecos, pero en su lugar, pareciera existir en el sentimiento colectivo, una forma de satisfacción individual con las migajas brindas por los poderosos, migajas que tienen ausente, por donde se les vea, la justicia social.

No por gusto se nos considera una sociedad paria en la comunidad internacional, una sociedad sin el más mínimo interés de cambio. El lumpen actúa así y, en su rostro solo se refleja el deseo por satisfacer su propio futuro. El lumpen proletariado ha si considerado por la teoría marxista como los indeseables, la masa social ubicada por debajo del proletariado, es decir, esa masa social que se encuentra fuera del aparato productivo y cuyas actividades de sobrevivencia no dejan margen a la generación de plusvalía. Los trabajos realizados por el lumpen socialmente se consideran indignos al mismo tiempo que generan fatiga, tedio, embrutecimiento, ignorancia, la infamia, la mezquindad, la vagancia, la inmoralidad.

Pero en sus ansias por salir del hoyo en que la acumulación del capital lo ha condenado, el lumpen no duda en vender su alma al demonio con tal de alcanzar una movilidad que le permita flotar y así abandonar la miseria y la inmundicia. Por tanto, en el proceso revolucionario, en la lucha proletaria por superar las ataduras del capitalismo, el lumpen se convierte en un sujeto contrarrevolucionario, no solo porque delata al obrero, sino porque se alía a los órganos de control social creados por quienes acumulan el capital. Por su procedimiento para salir de la miseria o el deseo de satisfacer su propio futuro, el lumpen carece de conciencia social, no busca quien se las debe sino quien se las paga. Este sujeto solo quiere convertirse en su contrario, la sociedad capitalista. De esa cuenta es preciso destacar que “quien lucha contra un monstruo termina por convertirse en él”.

¹ Existen ciertos personajes en el país, que aún viviendo de ello, están hartos de escribir sobre la pobreza. Que pena, de ahí se piensa que los pobres son los pobres.

En su libro sobre la *Fenomenología del espíritu*, Hegel dejó expuesto en el apartado correspondiente a la INDEPENDENCIA Y SUJECION DE LA AUTOCONCIENCIA, la relación dialéctica del *señor y el siervo*. Es en esta relación en donde el señor toma conciencia en sí, pero solo logra adquirir conciencia para sí cuando entabla relación con otro que le es ajeno. Pero ese otro no es un par o alguien perteneciente a su misma condición, ese otro es el siervo, y en esa relación *señor-siervo* ambos adquieren su autoconciencia. Esa relación permite que tanto el señor como el siervo mantengan una lucha de negación mutua, cuyo interés no se encamina hacia la destrucción sino a la superación de lo otro considerado como cosa.

Años más adelante, Marx superando el criterio espiritual de Hegel y bajo una concepción materialista de la historia, esa independencia y sujeción de la autoconciencia la denomina llanamente *conciencia de clase*. Pero esa conciencia alcanza dos niveles: la conciencia en sí y la conciencia para sí. Niveles que Marx solamente pudo explicar por medio de esa extensa revisión histórica de las sociedades precapitalistas cuando analizaba la esencia del capitalismo. En ese recorrido histórico Marx logró comprender que las clases dominantes en los distintos modos de producción poseen una conciencia de clase en sí y para sí. Conciencia en sí y para sí que solo es posible frente a la negación del otro o el ocultamiento de la otra clase. Y en la explicación materialista de la superación del capitalismo por la dictadura del proletariado, el obrero debería destruir las ataduras impuestas por la clase burguesa. Condición histórica que queda grabada en aquella frase lapidaria del Manifiesto Comunista: “la burguesía creará las armas y los hombres que empuñarán esas armas para destruirla”.

Alguien puede refutarnos ¿y qué con la autoconciencia señor-siervo y la conciencia de clase para explicar la lumpen-proletarización en Guatemala? Bueno, la autocrítica la hemos perdido, como también en cierta medida hemos perdido la dignidad y ciertas relaciones amo-siervo las consideramos como normales. La formación del ethos señorial y la prolongación del mismo como elemento central en las relaciones sociales del país, ha terminado por convertirlo en parte del inconsciente colectivo nacional. En consecuencia ha impedido la discusión sobre elementos éticos y morales que cuestionen las acciones y los procedimientos en la distribución de los bienes, así como la ocupación de los espacios para adquirir esos bienes.

Para aclararnos, digámoslo en otros términos. En Guatemala hemos luchado tanto contra el monstruo que hemos terminado convirtiéndonos en él. De ahí que se insista en el plano político-ideológico que la diferencia entre izquierda y derecha se pierde en un claro oscuro. El ethos señorial en

sus mecanismos para el control del poder y la acumulación de la riqueza, se fundamenta en la reproducción de elementos clientelares, destacando el amiguismo y el compadrazgo como formas perversas que reproducen la relación señor-siervo pero no como elemento de autoconciencia sino como expresión de complacencia. Se ha llegado a tal extremo, en el que el ethos señorial se encuentra no en los grupos dominantes, sino en las distintas esferas sociales. ¿Quién no observa los ascensos de los compañeros y las transformaciones que los mismos manifiestan en actitudes autoritarias y represivas que antes manifestaban odiar?

Admitamos algo. La represión externa a nuestro ser, concebida en términos freudianos, nos hace buscar medios de fuga, estímulos que nos permitan escapar de las consecuencias provocadas por el terror, que en nuestro medio han exacerbado la delación y la adulación como formas de supervivencia. Por eso no resulta extraño que en lugares de trabajo los trabajadores constantemente manifiesten la ausencia de una conciencia de clase delatando a sus propios compañeros con tal de preservar el empleo. Y esto rebasa las posturas ideológicas y políticas. Las acciones delatorias frente al señor interesándonos por nuestro propio futuro, nos han convertido en una sociedad lumpen-proletarizada, una sociedad fragmentada sin ninguna articulación de clase. Esa misma fragmentación provoca un interés particular por supervivir, condición que genera la ausencia de solidaridades en beneficio colectivo.

El lumpen guatemalteco no se encuentra en esa masa empobrecida por mecanismos de la acumulación de riqueza en este país, el lumpen lo encontramos entre políticos, académicos, estudiantes, oligarcas, en toda la estructura social, no culpemos a la comunidad internacional por calificarnos como parias, aceptémoslo y busquemos las alternativas de cambio. ¿Y qué decir de los organismos internacionales que funcionan en el país? Simplemente se adaptan al sistema social, no nadan contracorriente y terminan reproduciendo la relación amo-siervo de forma placentera.

También puede pensarse que las polaridades engendradas por la turbulencia del capitalismo en sus estado de transición hacia otra forma de organización social, nos ha llevado hacia esa condición social interna. Ciertamente, en los últimos treinta años los métodos y técnicas de la economía de mercado han provocado una mayor concentración y centralización del capital, generada por la Ganancia Extraordinaria fundamentada en la división internacional del trabajo. Mientras en las naciones centrales del capitalismo las fuerzas productivas han experimentado un desarrollo acelerado, exigiendo la formación de fuerza de trabajo cada vez más especializada, en nuestra sociedad, la agricultura con mecanismos de

labranza feudales continúa siendo la principal fuente de empleo no especializado. Pero aquella población que ha alcanzado cierto nivel de formación, se ve no solo amenazada por la baja remuneración, sino al mismo tiempo por la negación de espacios laborales estables y seguros. Lo que provoca que a costa de lo que sea, el empleo debe mantenerse sin considerar la solidaridad.

Dentro de esa misma turbulencia del capitalismo actual, las migraciones se han convertido en una alternativa, tanto para el desempleado como para quien niega la seguridad laboral. El desempleado ve como alternativa a su situación la migración hacia mercados laborales externos, quien niega los espacios laborales observa en el emigrante la generación de divisas monetarias. Pero quien migra, principalmente hacia el mercado laboral de los Estados Unidos, sufre la inseguridad de su país y la condición de paria en el país receptor. Son considerados así porque viven hacinados en pequeños apartamentos y duermen en el suelo. Además, se dedican a los trabajos considerados indignos socialmente, pero según la sociedad receptora no se integran a su forma social de ser.

¿Habrà alguna posibilidad de salir de ese calificativo de sociedad paria? Seguramente si, posibilidades que solamente son responsabilidad de los guatemaltecos, sin reacciones hepáticas debe establecerse la discusión y el debate entre fuerzas progresistas, que permitan la búsqueda de alternativas en donde lo importante sea de nuevo la condición humana. Si no se logró avanzar hacia el socialismo como forma universal de liberación humana, deben plantearse nuevas utopías que nos hagan comprender que es más importante ser que tener.

Nueva Guatemala de la Asunción, agosto de 2009